

LIBROS

Ha muerto Ferreira de Castro, un épico del siglo XX

Con la muerte de José María Ferreira de Castro, en Oporto, el pasado día 30, Portugal ha perdido a uno de sus grandes narradores. Y, de haber sido justos los miembros de la Academia Sueca, ahora el mundo habría sentido la desaparición de un Nobel. Las dos obras cumbres de Ferreira, «Los emigrantes» y «La selva», 1928 y 29, respectivamente, no sólo significaron un acontecimiento literario en Portugal, sino en el mundo. La primera se tradujo inmediatamente al español, francés e inglés, y la segunda a catorce idiomas. Muchos años después, cuando ya Ferreira era toda una literatura y una leyenda, en 1970, obtuvo el Gran Premio Aguila de Oro en Niza por «O Instinto Supremo». El día siguiente a de su muerte, representantes de los partidos políticos portugueses han dedicado un homenaje a este escritor que dedicó lo mejor de su obra a los trabajadores proletarios y que amplió su denuncia contra el colonialismo en sus libros de viajes.

Ferreira de Castro ha sido, con Aquilino Ribeiro y José Rodrigues Miguéis, uno de los tres innovadores de la narrativa portuguesa del siglo XX. A causa de su formación de autodidacta, unida a una gran intuición novelística, rompió con la tradición literaria portuguesa del siglo XIX, cuyas dos grandes líneas venían marcadas por Castelo Branco y Eça de Queiroz, y marcó el camino a la espléndida escuela neorrealista portuguesa. A escala mundial, su

obra «Los emigrantes» es una adelantada de los grandes frescos sociales que pronto realizarían escritores como John Dos Passos o Steinbeck.

Ferreira es uno de esos escritores en que la peripecia personal—épica en este caso—tiene una influencia especial sobre la obra. Su experiencia le permitió un material privilegiado para sus temas.



Nació en el Norte de Portugal, en la pequeña aldea de Salgueiros, en 1897 (numerosas fuentes dan la fecha del 98). A los ocho años perdió a su padre, lo cual vino a agravar el clima difícil en que se desarrollaba su infancia, rebelde y excéntrica, según propias confesiones. El enamoramiento de una chica de diecisiete años, Margarida, le permitió conocer precozmente el desengaño. Se ahoga en la escuálida vida aldeana y decide emigrar a Brasil, que se le aparece como «la libertad, la huida de la tutela familiar y el misterio... Pero era, sobre todo, el gesto varonil, el gesto del hombre que yo quería ser ante los ojos de Margarida».

Con sólo doce años, un baul de cuero, el pasaporte expedido en Aveiro y unas botas nuevas, se desprende de la familia una noche del 6 de enero de 1910: «Tenía entonces doce años, siete meses y catorce días». En Brasil encuentra trabajo en el interior del sertão y también un clima terrible de privaciones de todo tipo. De su expe-

riencia como «seringueiro», especie de esclavo, en las plantaciones de caucho, extraerá el contenido de su novela «A selva». Más tarde, trabajó en un barco que hacía recorridos monótonos por el río Oya-pock. Su primer libro, de escaso valor literario, «Criminoso por Ambição», aparece en fascículos que él vende de puerta en puerta. Cuando acaba la guerra mundial, ya con una cierta experiencia literaria, aunque absolutamente desconocido, retorna a Portugal, a Lisboa, con la pretensión de vivir de su pluma. Sus primeros trabajos son periodísticos: en «ABC» y después en «O Seculo», donde, después de haber escrito «Éxito fácil», «Sangue Negro», «Carne Faminta» y «Boca de Esfinge», en colaboración con Eduardo Friaes, y ya con un prestigio literario, publica en folletón «Emigrantes». La autenticidad, la fuerza, la novedad del tema, hacen de esta novela realista y social una sacudida en el mundo literario portugués, y su repercusión traspasa las fronteras. También en «O Seculo» publica «Terra Fria» y, en 1929, aparece «La Selva», de la que se agotan pronto sucesivas ediciones.

En 1938 se casó con una pintora española, Helena Muriel y, a finales de la guerra mundial, hace una vuelta al mundo. Para entonces había ya escrito «Pequeños Mundos. Velhas Civilizações». Su libro «A Lá e a Neve» (1947) muestra una preocupación por el estilo que no había tenido en sus obras anteriores, así como en «A Curva da Estrada» (1950), un afán por dotar de una mayor entidad psicológica a sus personajes. El autor de la epopeya del sertão amazónico fue recibido como tal en un reciente viaje a Brasil, medio siglo después de haber sufrido la selva. La autenticidad de Ferreira de Castro no sólo se prueba mediante el testimonio de sus novelas, sino mediante el comportamiento civil en defensa de unos ideales

democráticos de los que no abdicó nunca.

El desconocimiento que el público español tiene de este gran escritor portugués prueba, una vez más, que nuestra lejanía de la cultura portuguesa puede ser superior a la de cualquier otro país europeo. En la reciente escala que hizo Mario Soares en Madrid puso de manifiesto el hecho de esta desvinculación cultural entre los dos países. La muerte de Ferreira de Castro, el desconocimiento de su obra, es un alabonazo en este sentido. ■ C. ALONSO DE LOS RIOS.

La obra del antropólogo Mauro Olmeda

Los trabajos de Mauro Olmeda han ido apareciendo a lo largo de estas dos últimas décadas, primero en México y últimamente en Madrid (1), ofreciendo, desde luego, resultados completos en cuanto al período histórico que abarcan: desde los primeros albores de la Humanidad hasta el final de la Edad Media, e interesantes por cuanto suponen de aportación al acervo del materialismo histórico.

Y ese interés deviene casi en curiosidad por hallarnos ante un autor que, a la seriedad científica en el tratamiento de lo investigado, se ve correspondido por conclusiones que no pocos tratarían de heterodoxas frente al materialismo, y que él mismo reconoce que difieren en general de los puntos de vista predominantes en la literatura científica sobre la configuración, estructura y desarrollo de las instituciones.

Problemas tales como las formas de posesión de la tierra, la aparición de la propiedad privada

(1) Mauro Olmeda, El desarrollo de la sociedad, Tomo III: «Las fuerzas productivas y las relaciones de producción en la antigüedad greco-romana». Editorial Ayuso, Madrid, 1973. 414 páginas. Mauro Olmeda es el seudónimo del profesor Julio Luelmo.

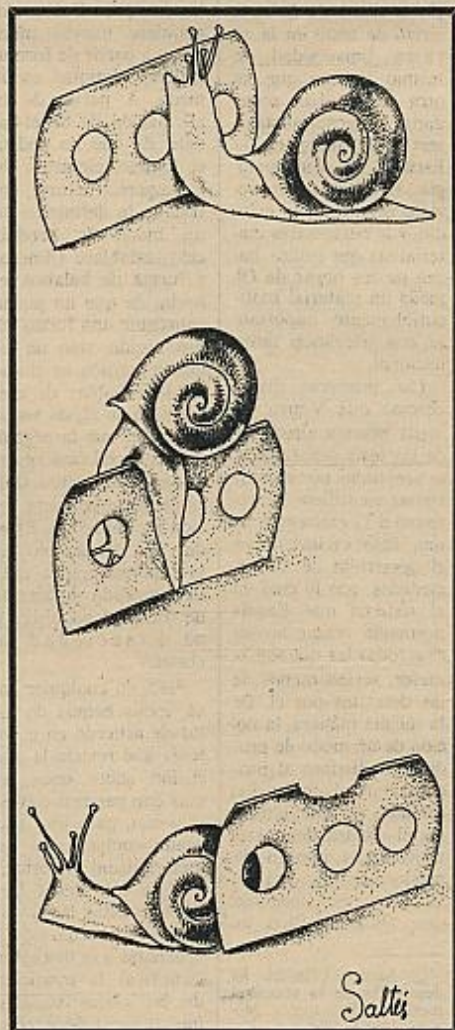
en las sociedades preclásicas, la disolución de la sociedad tribal o comunismo primitivo, el momento de la aparición de las clases sociales y del Estado, las formas y extensión de la esclavitud, las formas concretas de la lucha de clases en cada una de las sociedades precapitalistas, el paso de la esclavitud al feudalismo, las entiendo como presentadas por la literatura marxista en forma poco concreta y sólida, y entiendo al tiempo que las conclusiones vigentes al respecto no concuerdan con la realidad objetiva de los hechos.

La búsqueda de pruebas que sustenten una teoría materialista de la Historia se vuelve concienzuda en Mauro Olmeda, y las conclusiones, desde luego, parecen asombrosamente dispares con lo que el mismo autor parece de-

fender con su método y su teoría.

Tesis tales como la aparición de excedentes alimenticios en las sociedades que consiguen llegar a un nivel que permite el cultivo de plantas y la cría de animales, como base de la aparición de actividades comerciales y punto de partida de la especialización, o la tesis de que esos excedentes, aplicados a la retribución del ocio, fueron la base de los primeros progresos en los diversos ramos de la cultura, se ven desmenzadas, contrastadas con la realidad y superadas o, al menos, revitalizadas en forma divergente.

Ante la dificultad que plantea el conocimiento de las sociedades ágrafas, cuya información nos llega a través de la



Saltis

Paleografía o la Arqueología, con la consiguiente divergencia de conclusiones, que afecta a diversos aspectos, cuyo esclarecimiento no permite la escasez de pruebas- restos de aquellas culturas, la validez del método materialista se afirma mediante la aplicación del principio de que todas las sociedades pasan por las mismas etapas.

Las primeras conclusiones permiten pensar en la corrección del camino elegido: las instituciones existentes en pueblos primitivos de un mismo nivel de desarrollo ofrecen entre sí un parecido sustancial, independientemente de las variables geográficas o temporales en que se encuentren.

En particular, el trabajo de Mauro Olmeda acerca de las sociedades azteca y maya (2), escrito cuando era profesor de Economía en la Escuela de Economía de la Universidad de México, sirvió de texto en la citada Universidad, al mismo tiempo que su otra obra, «Las sociedades precapitalistas», servía de texto en la Escuela de Antropología. El interés que reviste el objeto de estudio y la perspectiva materialista que utiliza, hacen de las obras de Olmeda un material indiscutiblemente importante, con relevancia internacional.

Las primeras divergencias que Mauro Olmeda plantea alrededor de las tesis generalmente aceptadas por el marxismo científico se refieren a la existencia de una fase esclavista en el desarrollo de las sociedades, con lo cual en el sistema que Engels pretendía trazar no serían todas las que son, o, mejor, serían menos de las descritas por él. De la misma manera, la noción de un modo de producción distinto al proceso general de las sociedades, y que alteraría el cuadro del materialismo, el modo de producción asiático, tampoco es aceptado por Olmeda. Bien es

cierto que el mero hecho de la existencia y sus connotaciones históricas —las del llamado modo de producción asiático— han sido y son bien discutidas, y no es en ello Olmeda el primero. O bien concibiéndolo como una forma social peculiar de Asia (categoría ya superada), o bien admitiendo la existencia de un modo de producción de tal manera que, encajado dentro del sistema de fases de la Humanidad, determinado en el análisis materialista por las fases primitiva, esclavista, feudal, capitalista y comunista, pudiera corresponder a alguna de ellas. O bien a la fase primitiva, o a la sociedad feudal, caracterizada con peculiaridades en Oriente (Guber, M. Godes), o a la fase esclavista.

Pero la negación del modo de producción asiático, aunque ya realizada por Dubrovski, adquiere nuevos matices, y a partir de formulaciones distintas, en Olmeda. A partir de la afirmación de Suret-Canaite de que no podría el Estado, elemento de la superestructura, entrar en la definición de un modo de producción, establece Olmeda, a forma de balance, el hecho de que no puede constituir una forma de producción, sino un régimen político, en el que se debe hablar de castas y no de clases sociales, en el que la organización social está representada en la tribu. Quizá la incongruencia reside en hablar de Estado, aun situándolo en la superestructura política, cuando hablamos de sociedad primitiva y no de sociedad de clases.

Pero, en cualquier caso, todos hemos de estar de acuerdo en el interés que reviste la discusión sobre unos temas que parecen claves, y lo son, para una adecuada comprensión del materialismo histórico.

Y no son, desde luego, sólo estas las divergencias que quedan aportadas a la discusión científica: la aparición de las clases sociales, que Olmeda hace coin-

cidir, o, mejor dicho, ve aparecer, integradas por metecos y plebeyos, contradiciendo el texto del Manifiesto Comunista (3), o la posibilidad de obtención de excedentes en las sociedades precapitalistas, que dejaría comprobada la tesis marxista de que sólo en el sistema capitalista cabe la existencia generalizada de mercancía y salario. Las relaciones comerciales de la Prehistoria y las fases precapitalistas se ven así no como demostrativas de una situación de excedencia de bienes, sino como consecuencia de una acumulación de los mismos por las castas dominantes, basada en elementos políticos, aunque con repercusiones económicas. No hay, pues, excedentes sociales en una Humanidad llagada por la escasez, sino excedentes o, mejor, acumulación individual o de casta, basada en el tributo, la guerra y la explotación.

Pero, en todo caso, el interés de la investigación y la necesidad de contrastar los resultados de otras ciencias empíricas con los más antiguos descubrimientos de Engels, única vía del materialismo, y, en suma, de la propia ciencia, es patente en la obra del profesor Luelmo.

Y, por último, mezcla de chauvinismo y fatalismo, sólo nos hace falta resaltar un último dato: profesor en México, cuyas obras sólo aparecen ahora en España, es fácil determinar que Mauro Olmeda nació, en 1906, en un pueblecito de Zamora, se licenció en Derecho por la Universidad de Salamanca y es abogado del Estado, por oposición ganada en el año 1927. Quizá así algún otro lector se anime a acercarse a lo que, sin duda, es la obra de uno de nuestros cerebros, junto con Palerm, en la moderna Antropología. ■ J. M. A.

(3) «La historia de toda sociedad hasta nuestros días no ha sido sino la historia de las luchas de clases».

Pequeñas historias de una gran frustración

«Andalucía occidental, pese a su gran potencial económico, agrícola y demográfico, se fue configurando al paso del antiguo al nuevo régimen, primero en una región atrasada, después en región deprimida, para terminar finalmente en verdadera región subdesarrollada». ¿Cómo pudo producirse tal proceso de degradación? El profesor Antonio Miguel Bernal aporta interesantes datos para una respuesta a esta pregunta con los cuatro trabajos reunidos ahora en libro por Ariel Quincenal bajo el título «La propiedad de la tierra y las luchas agrarias andaluzas».

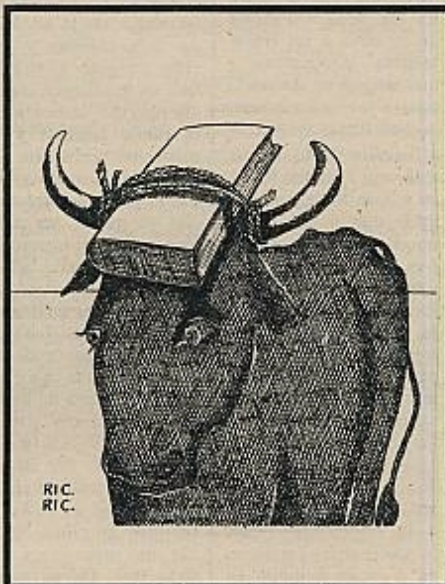
Propiedad y luchas motivadas por una secular «hambre de tierra» han sido, en efecto, como la cara y la cruz de una moneda. Y sería curioso comprobar cómo, en no pocas ocasiones, el «hambre de tierra» fue utilizada, precisamente, para hacer más rentable todavía la propiedad de los satisfechos. Tal es, por ejemplo, el peregrino caso de algunos de los más modernos minifundios andaluces, creados al amparo de ciertos planes colonizadores. El autor dedica un trabajo a la consideración del «minifundio en el régimen de propiedad agraria latifundista de Andalucía». Trabajo de interés, entre otras cosas, por lo que tiene de novedoso, pues el minifundio (más abundante de lo que parece) era frecuentemente olvidado o marginado en los estudios del Sur. Señala Bernal el aspecto social del sistema minifundista, fundamentado paradójicamente en la existencia de enormes latifundios de secano, que sólo requerían mano de obra abundante en determinadas épocas. La fuerza de trabajo de los pueblos andaluces quedaba —luego de cumplidas las anuales etapas de siebra, siega, trilla, vendimia, recogida de la aceituna, etcétera.— so-

metida al paro estacional. La existencia en esos lugares de minifundios, propiedad de los mismos jornaleros eventuales de las grandes fincas, permitía mantenerlos apegados a la tierra, disponiendo así los latifundistas de una amplia oferta laboral para su limitada demanda de trabajo, con lo que fijaban los salarios según su conveniencia. Lo asombroso es que este sistema haya estado funcionando hasta que los jornaleros andaluces pasaron a la categoría de *gastarbeiter*; porque, como señalábamos antes, no para otra cosa vinieron a servir algunos de los jaleados planes colonizadores, aunque, por supuesto, esté lejos de nosotros el mal pensamiento de suponer que se hicieron con esa intención, sino acaso como último jalón histórico de aquel espejuelo del reparto que encandiló a tantas generaciones. De hecho, idénticas consecuencias han tenido muchas subidas en el precio de los cereales, proclamadas en favor del pequeño agricultor y beneficiosas, en realidad, para el gran propietario.

Pero este tema del minifundio es sólo uno de los cuatro tratados por Bernal. Reseñemos brevemente los otros tres. Primero, un estudio de la burguesía agraria andaluza, aplica-

do al caso concreto de Morón de la Frontera, la patria del poeta y propietario —quizá mejor poeta que propietario— Fernando Villalón. La Iglesia, la Corona y la nobleza detentaban en Andalucía la mayor parte de la tierra a fines del siglo XVIII. Eran los llamados «bienes de manos muertas», «tierras de realengo» y «tierras señoriales». A ellas se unían las «tierras comunales» (municipio), los «bienes de propios» (Ayuntamiento) y los «baldíos». La burguesía agraria, constituida en el siglo XIX, tendrá un triple origen. Antiguos colonos arrendatarios de tierras eclesiásticas o señoriales, «Nuevos ricos», usureros o «matatías», convertidos en especuladores al calor de las diversas desamortizaciones y de algún que otro chanchullo de leguleyos con los «bienes de propios» y las «tierras comunales»; ellos serían los verdaderos iniciadores de un absentismo que no dudáramos en calificar de criminal por las consecuencias que ha tenido. Finalmente, permanecen las viejas familias señoriales.

En «Burguesía agraria y proletariado campesino en Andalucía durante la crisis de 1868», Bernal muestra cómo ésta revolución, casi de «aspecto monocolor andaluz», con «participación masiva y popu-



RIC. RIC.